



*VIAJE A LA
ALDEA DEL
CRIMEN*

RAMÓN J. SENDER

Impresionante reportaje, obra maestra en su género, sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en la aldea gaditana de Casas Viejas durante los días 10, 11 y 12 de enero de 1933. Ramón J. Sender, enviado al lugar de los hechos por el periódico *La Libertad*, de Madrid, reconstruirá paso a paso los acontecimientos en una serie de crónicas que estremecieron a la opinión pública. Posteriormente, estas crónicas fueron reunidas y reelaboradas con nuevas informaciones para dar forma a este impresionante Viaje a la aldea del crimen.

Introducción

Casas Viejas en el año 2000

En apariencia, el levantamiento y tragedia de Casas Viejas se nos ha quedado muy atrás. Desde la perspectiva histórica que supone pisar el umbral del siglo XXI, el XX lo contemplamos como un siglo eminentemente borbónico con medio siglo anómalo incrustado. Ese medio siglo se subdivide a su vez en una década, más o menos, de hegemonía izquierdista —la Segunda República— y cuatro décadas de la más pura y dura dictadura derechista —el franquismo.

Es natural que en panorama tan desolador la década de los treinta siga fulgurando con resplandor propio. Todo el mundo recordará siempre que ese paréntesis de intentos innovadores terminó con el desastre bélico. Pero conforme nos vayamos adentrando en el siglo XXI las demás particularidades y detalles de la década se podrían empezar a difuminar en la bruma de la historia de los especialistas.

Por eso nos planteamos hoy rescatar del olvido un episodio que trascendió lo meramente episódico y que seguirá interesando por muchas razones. La primera porque lo que sucedió en Casas Viejas fue algo modélico: se repitió con frecuencia a lo largo de los años 1932 y 1933 —y un poco durante toda la década— marcando por un lado los impulsos más radicales e ilusionados del proletariado español y por otro las insuficiencias de un régimen que no colmaba las esperanzas depositadas en él.

Pero además los hechos de Casas Viejas —y su repercusión en los medios políticos y periodísticos— hicieron tam-

balear los cimientos de ese régimen republicano. En adelante nada volvería a ser igual. Tanto se habló de Casas Viejas por toda España que en un momento dado y para intentar apagar las connotaciones izquierdistas del nombre del pueblo, lo rebautizaron como Benalup de Sidonia. Y así sigue.

Otra razón que avala el interés de *Viaje a la aldea del crimen* es que se trata de una obra maestra. Sender ejerce aquí con la frescura y el nervio propio del reportaje periodístico del momento y con la depuración posterior de la reelaboración literaria.

El reportaje periodístico como género literario ha muerto. Lo ha matado la televisión. Hoy de cualquier noticia — de la guerra en Chechenia al racismo en Almería— lo que engancha al interesado es la imagen. Esa función la cumplían aún de forma literaria los periódicos en los años treinta y Sender era un artista en ese oficio.

En cuanto a su valía literaria el novelista dio muestras suficientes en los años treinta y luego en el exilio norteamericano, cuya producción nos llegó con retraso en los años setenta. Pero por lo que se refiere a Casas Viejas, Sender publicó crónicas en el periódico *La Libertad*, y luego las reutilizó para la composición de dos libros, primero *Casas viejas* y luego *Viaje a la aldea del crimen*. En todo ese proceso —que luego trataremos brevemente— manifestó a las claras su maestría técnica y genio literario.

Esperamos con esta reedición rendir un sentido homenaje a los héroes de aquella gesta y a toda una época que supo vivir a la altura de las circunstancias unos hechos en los que todos se veían implicados y reflejados. Visto el pasado desde la cresta de este consumismo e insolidaridad general que anquilosa la sociedad cibernética, los estampidos de Casas Viejas resuenan aún con los ecos de una llamada a la acción. Si algún resquicio de buena voluntad queda en esta sociedad de la paparrucha del milenio es

porque hemos heredado la savia de aquellos hombres y mujeres que querían un mundo mejor.

Sender en 1933

Ramón J. Sender (1901-1982) gozó de dos etapas de popularidad entre el lector español: la década de los treinta y la de los setenta. En el intermedio vivió la amarga realidad del exilio, en la que volvió a ser conocido, pero como otro autor distinto del periodista izquierdista de los años treinta, escritor precisamente del recuerdo —*Crónica del alba*— y de la guerra civil —*Réquiem por un campesino español*—. Ese novelista «del exilio» fue reintroducido en la década de los sesenta y tuvo su época de auge en los setenta, pero durante los ochenta, al mismo tiempo que se divulgó su faceta esotérica y discursiva, cayó algo en desgracia para el favor del público y quedó como una página de la historia de la literatura española.

En la década de los treinta Sender combinó su faceta literaria con la labor periodística^[1].

Quizá su participación en la tragedia de Casas Viejas le consiguió popularidad, pero ya antes se había destacado como periodista combativo y literato en ciernes. En cuanto a sus apariciones periodísticas, alternó su trabajo en la prensa burguesa o «de pago» con la tarea en las publicaciones afines a las organizaciones revolucionarias.

En ese sentido Sender evolucionó. Comenzó con su adscripción a los medios anarcosindicalistas —fue columnista diario en *Solidaridad Obrera*, órgano de la C.N.T.—, derivó hacia la escisión treintista y casi inmediatamente participó en los medios comunistas hasta 1936. Justo en el momento de la transición ocurrieron los sucesos de Casas Viejas, que fueron determinantes tanto para la vida y obra de Ramón J. Sender como para el devenir de toda la historia de la Segunda República.

La tragedia de Casas Viejas

Durante los años 1932 y 1933 se produjeron numerosos pronunciamientos anarcosindicalistas contra el gobierno de coalición republicano-socialista, principalmente para conseguir tierras con que remediar el paro endémico y el hambre. Estos levantamientos sucedieron sobre todo en Andalucía, Levante, Cataluña, Aragón y Rioja; pero nunca consiguieron efectividad coordinada, brotaron aislados y en ningún momento contaron con dos elementos, cuya adhesión se preveía: los militares revolucionarios y el resto de la población obrera de otras localidades.

En casi todos los casos se procedía a la instauración más o menos solemne del nuevo régimen de comunismo libertario: se tomaban las primeras medidas administrativas sin derramamiento de sangre, eran enviadas fuerzas de orden al pueblo y todo terminaba con muertos, heridos, detenidos y huidos al monte. Las bajas eran al final mucho más numerosas entre los sublevados que entre las fuerzas del orden. Los hechos que acarrearón mayor repercusión política fueron los acaecidos en Casas Viejas (Cádiz).

En enero de 1933 Casas Viejas era un pueblo de jornaleros, casi todos parados, de mayoría cenetista. La noche del 10 la asamblea de la C.N.T. decide sumarse a un movimiento insurreccional, que se supone va a ser generalizado. Se realizan negociaciones con el alcalde para que la guarnición de la guardia civil se rinda, lo que no se consigue. Comienza el tiroteo y dos guardias resultan heridos.

Al amanecer se mantiene el sitio del cuartel pero se suspende el asalto y los sublevados se dedican a organizar el nuevo sistema. Se ha cortado el teléfono y la carretera, y una asamblea permanente estudia la forma de colectivizar los latifundios, propiedad del Duque de Medinaceli. Por la tarde acuden fuerzas de la guardia civil y de asalto para so-

focar el levantamiento; los campesinos se retiran a sus casas al comprobar que la intentona ha quedado aislada.

Los guardias, principalmente los de asalto, empiezan a disparar indiscriminadamente; mucha gente huye a la sierra. Sólo se intenta la resistencia en la choza de «Seisdedos», cabecilla del sindicato; allí caen algunos guardias, pero la represión es feroz, no se deja salir a nadie de la choza, son acribillados ancianos y mujeres y para evitar que escapen en la oscuridad de la noche, la choza es bombardeada e incendiada. Los cadáveres de los resistentes aparecerán carbonizados. Otros campesinos, muchos desarmados e incluso sin haber participado en la revuelta, son fusilados y amontonados sobre los cadáveres humeantes. Algunos de los huidos caerán al entregarse. Al final los campesinos muertos serán más de veinte. Se organiza una nutrida cuerda de presos.

Sender en Casas Viejas

La contundencia de la represión se difunde rápidamente y llega a Madrid. Sender es enviado por *La Libertad* para investigar la verdad de los hechos, que llegan a la capital difuminados y distorsionados. Hace el viaje acompañado de Eduardo de Guzmán, enviado con el mismo fin por *La Tierra*. La primera crónica de Sender se publica el 19 de enero; le siguen las de los días 20, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28 y 29^[2]. Esas diez crónicas compondrán el material básico del libro *Viaje a la aldea del crimen*, que Sender publicará en 1934^[3]. Antes habrá publicado *Casas Viejas*^[4]. Ya trataremos los tres momentos del proceso creativo.

Por lo pronto centrémonos en la cronología e importancia del mismo. Después de las diez Crónicas de encargo, en las que se narran exhaustivamente los hechos, Sender seguirá interesándose periodísticamente por los sucesos. Aparecerán más artículos suyos sobre el tema^[5] que por cierto casi monopolizará durante varios meses el debate

político, y llevará a la derrota de las izquierdas en las siguientes elecciones generales, junto con el voto femenino y la abstención anarcosindicalista. Precisamente se ha señalado repetidas veces que fue el reportaje de Sender en *La Libertad* lo que motivó el clima de rechazo político.

En cualquier caso lo que sí es cierto es que el novelista fue aludido en el debate parlamentario por Azaña, quien habló de no creer «en relatos más o menos realistas», en un momento en que el gobierno aún rechazaba la verosimilitud de lo divulgado. Y en varias ocasiones, en los artículos posteriores a la serie del reportaje, Sender se refiere a ello y se defiende de las acusaciones vertidas contra él —o su reportaje— en la cámara, principalmente la de estar influido por la C.N.T.^[6] Se trató por tanto de un reportaje con repercusión política nacional; Sender era un personaje sobradamente conocido.

A la fecha de enero de 1933 había publicado *El problema religioso en Méjico* (1928), *Imán* (1930), *América antes de Colón* (1930), *O.P. (Orden Público)* (1931), *El Verbo se hizo sexo* (1931), *Siete domingos rojos* (1932), *La República y la cuestión religiosa* (1932) y *Teatro de masas* (1932), estos dos últimos también recopilación de artículos anteriormente publicados en *La Libertad*. Cuando Sender empieza a redactar el reportaje que nos ocupa, es la cuarta vez que se plantea publicar un libro por entregas.

Casas Viejas para Sender

En el terreno personal, los hechos de Casas Viejas, a cuyos coletazos asiste personalmente el novelista, le influirán profundamente. A pesar de que lleva muchos años siendo testigo, y a veces protagonista, de acontecimientos revolucionarios, en esta ocasión comprueba en persona la auténtica realidad de la dinámica activista cenetista: insurrección y represión, y esta represión no es ya el encarcelamiento por una Dictadura arcaica —O.P.— ni las muertes de signifi-

cados líderes obreros —*Siete domingos rojos*— en el enfrentamiento de las masas contra las nuevas autoridades republicanas, sino el contundente y arbitrario aplastamiento, por parte del poder —que sólo se preocupa por «consolidar la República»— de grupos de campesinos, no tan peligrosos como la propaganda republicana los presenta y simplemente deseosos de establecer un nuevo régimen económico que les permita resolver el paro y el hambre; es decir, se trata de una cuestión de supervivencia.

Hasta ahí la teoría, pero Sender comprueba que, en la práctica, la C.N.T., con toda su potencialidad humana y organizativa, que admira, es incapaz de coordinar todo ese ímpetu, sea por las disensiones internas, sea por la precipitación espontánea de los sectores más radicales y optimistas. Y la consecuencia es la muerte bárbara y cruel de gente simple, noble que cae con todas sus esperanzas cortadas, víctima no sólo de la hipocresía republicana, que ya vislumbraba Sender desde 1931, sino de la ineficacia y de la ligereza de ciertos sectores de la C.N.T. Claro lo expone en uno de los episodios de *Viaje...* Pasado el calor de los hechos, Sender culpabiliza a los citados sectores:

«Según ellos, el comunismo libertario les llevaría a la explotación en común de toda esa tierra con aperos y créditos de “la comarcal” de Jerez. Lo que no comprendían era el fracaso. Recordaban las octavillas impresas que llegaron días antes. Allí estaban las cosas bien claras. ¿Cómo pudo suceder luego todo aquello?».

«Pero las octavillas estaban escritas por unos hombres que no tenían la conciencia plena de su responsabilidad ante los hechos»^[7].

Esos sectores faístas, desde 1932, desplazan del Comité Nacional y de otros cargos significativos a Ángel Pestaña y a otros militantes del sector, que por entonces se llamó «treintista», y que precisamente va a sufrir una evolución similar a la de Sender:

«El fracaso de la táctica insurreccional fue otro elemento determinante de la escisión treintista y creación de los Sindicatos de Oposición»^[8].

Además, los comunistas habían abandonado las pretensiones de Adame y Bullejos de influir a la C.N.T. para inclinarla a la Komintern y habían creado un tercer sindicato obrerista —la C.G.T.U.— aplazando de momento la tendencia de frente único de lucha, que Sender propugnaba. Había pues, cada vez menos visión de futuro que le atrajera en la C.N.T. Su colaboración en *Solidaridad Obrera* no se había reanudado después de junio de 1932. Y por otro lado le atraía el pragmatismo de los comunistas.

La tragedia de Casas Viejas le hizo constatar dolorosamente la certeza de sus ideas políticas del momento. A lo largo del resto de su obra seguirán apareciendo alusiones a estos hechos. Y los acontecimientos que le marcarán tanto en su biografía como en su obra lo compondrán el eje formado por la guerra de Marruecos, los hechos de Casas Viejas y la Guerra Civil.

Las crónicas

Pasemos al análisis textual. Es claro que por la premura de tiempo —las crónicas se transmitían a diario por teléfono a la redacción del periódico— Sender no tiene, mientras las va escribiendo, la idea global del libro que luego será *Viaje...*, además de que va utilizando la información conforme va accediendo a ella. Así la unidad básica del reportaje será la crónica, y no el episodio; las crónicas ocupan primero tres episodios, luego cuatro y la décima cinco.

A estas diez crónicas se le añaden nueve meses después otras cinco, con tres episodios cada una —menos la tercera, que tiene sólo dos—. En el ínterin, Sender ha viajado a Rusia y ha estado enviando sus crónicas de viaje a *La Libertad*. En Rusia ha asistido a charlas con campesinos y obreros; en una de ellas prometió ampliar la información

sobre los hechos de Casas Viejas, que los campesinos conocían, por estar ya publicada y traducida —lógicamente Sender se refiere a su libro *Casas Viejas*—; ahora al llegar a España aprovecha la proximidad de la vista de la causa contra los supuestos agresores del cuartel de Casas Viejas, para cumplir lo prometido a los campesinos rusos. Es lo que nos dice el mismo Sender en una nota preliminar a la primera de estas últimas cinco crónicas, de 28 de octubre.

Cada crónica, como veremos ahora supone pues, una unidad de contenido, con un tema básico; además la segunda, tercera, cuarta, quinta, decimocuarta y decimoquinta responden a una misma estructura con un primer episodio descriptivo e informativo a título de introducción y el resto narrativo.

Que no existe aún conciencia clara de la linealidad del relato general se comprueba cotejando las crónicas quinta y sexta, que más o menos repiten el mismo hecho narrativo de los intentos de los sublevados por conseguir la rendición pacífica del cuartel de la Guardia Civil, la sexta lógicamente detallando más la información. Sin embargo dicha linealidad se va perfilando más adelante y así el hecho álgido de toda la narración —el asedio e incendio de la choza de «Seisdedos»—, se desglosa escalonadamente en dos partes a caballo de las crónicas séptima y octava.

Veamos la coherencia semántica de dichas entregas. La del 19 de enero reflexiona en el viaje por avión hasta Sevilla; esto permite uno de los dos únicos elementos fantásticos que se permite el narrador al principio del relato —luego la contundencia de los hechos narrados evita digresiones irrealistas—; en este caso el viaje por avión sirve de excusa al autor para imaginar que gana unos cuantos días al tiempo, los suficientes para llegar a punto de presenciar los hechos desde el principio. El periodista llega a Sevilla y describe el ambiente proletario de la ciudad, con los enfrentamientos entre obreros comunistas y cenetistas.

El segundo elemento de distanciamiento lírico lo constituye, en la segunda crónica, el diálogo que establece el autor en Medina Sidonia, localidad cercana a Casas Viejas, sobre el pasado histórico de la zona, con María Mármol, nombre popular de una estatua prerromana colocada en una esquina de la iglesia. La tercera entrega, ya en Casas Viejas, describe la economía del pueblo y se introduce en la asamblea del Sindicato de la C.N.T. En la cuarta se informa sobre la figura de «Seisdedos» y el sentir monárquico de los propietarios del pueblo. En la asamblea del Sindicato se perfilan los preparativos del levantamiento.

Hasta la quinta entrega no comienza propiamente la narración de los hechos de la insurrección. Después de la descripción de la choza de «Seisdedos» —que será un poco el tótem de la narración—, se producen los intentos de rendición pacífica del cuartel de la Guardia Civil. Lo cual se repite, como hemos dicho, en la siguiente crónica, en la que ya se narra el tiroteo —dos guardias son heridos, de los cuales uno morirá—; por la tarde llegan las fuerzas de Medina Sidonia y los campesinos se dispersan; las fuerzas causan también un muerto y un herido.

En la séptima entrega se narran las detenciones y el asedio a los resistentes de la choza de «Seisdedos». En la octava el incendio de la misma, los fusilamientos y la llegada del juez. En la novena se incluyen las reflexiones de propietarios y familiares de las víctimas sobre las causas y consecuencias de la sublevación, Y en la décima Sender y Guzmán aparecen como participantes en la narración al desencadenarse un intento de los propietarios por evitar que los periodistas divulguen los sucesos, intento que debió ser verídico, porque se alude a que otros periódicos publicaron a su manera estos últimos hechos.

Después del paréntesis veraniego y moscovita, la undécima crónica vuelve atrás en el tiempo con respecto a las tres últimas, para extenderse en los fusilamientos realizados después del incendio de la choza. En toda esta segunda

parte, el narrador deja en gran medida la palabra a las declaraciones de las víctimas de la represión, de actualidad por la proximidad de la vista. La duodécima concreta algunas arbitrariedades de la «razzia». La decimotercera comenta la hipocresía de las fuerzas del orden, cuya hazaña «devenga haberes». La decimocuarta narra las vicisitudes de los huidos a la sierra. La decimoquinta, ya de regreso en Medina Sidonia, reflexiona sobre los allí encarcelados y procesados.

Las modificaciones textuales y los temas senderianos

Esta estructura en quince entregas se rompe al pasarla a *Viaje...*, pero se mantiene en el estado intermedio en el libro *Casas Viejas*, publicado ya en 1933 y que reproduce las diez primeras crónicas —las de enero— en el mismo orden con pocas variantes textuales y sólo dos añadidos de importancia: un prólogo, que en realidad lo es de la colección de episodios de lucha de clases, en la que encaja la publicación de la obra, más que del libro, y un epílogo, en que se resume la tragedia enmarcándola en el ambiente político y en la responsabilidad republicana, con una extensión de poco más de una página para cada uno de ellos. El epílogo constituirá la base material del último episodio de *Viaje...*

No incluye, pues. *Casas Viejas* las cinco últimas entregas de *La Libertad*, publicadas con posterioridad, por lo que el cotejo textual de las crónicas es más pertinente establecerlo con respecto a *Viaje...*, punto definitivo del proceso de corrección.

Los 49 episodios de *La Libertad* se amplían a 52 en el libro. Los episodios correspondientes a las ocho primeras entregas pasan a *Viaje...* sin mayor modificación que la mera corrección textual, que analizaremos más adelante. Esos primeros 26 episodios incluyen todo el grueso de la narración; sólo faltan las dos últimas entregas de enero —con re-

flexiones sobre los hechos y el intento de los propietarios por evitar la difusión de los sucesos— y las cinco entregas de octubre y noviembre. A *Viaje...* pasan primero los episodios de las entregas undécima, duodécima y decimotercera. Con los episodios de la decimocuarta se alternan tres de los cuatro episodios de la novena entrega, con las reflexiones sobre las víctimas; el cuarto episodio, sobre la veracidad documental de las fuentes de información, es el único de la versión de *La Libertad*, que no aparecerá en *Viaje...*, aunque sí se incluye en *Casas Viejas*. La décima entrega se reproduce intacta.

Y tras ella, la decimoquinta, cuyo primer episodio cumple una función estructural de coherencia capitular al continuar el diálogo con María Mármol, que se estableció en la segunda entrega. Así el libro adquiere estructura cerrada, superando la mera estructura acumulativa de las entregas. Además, María Mármol es la voz del pasado que abre la puerta de la esperanza, para que la moraleja final de la historia, que en buena lógica, sería pesimista, coincida con la finalidad de animación propagandística, que en toda esta época motiva a Sender. María Mármol era el elemento lírico más importante, y casi único del libro, superador del realismo de denuncia concreta y objetiva. Ahora profetiza un futuro próximo en que los derroteros sean más favorables a los desposeídos:

«Esto de ahora —de hace seis siglos— es anómalo. No puede sostenerse un equilibrio tan falso. Cuando las tierras sean tuyas verás cómo vuelve esa armonía y esa serenidad que represento yo y que ahora tú encuentras tan fuera de lugar [...] Planteadas así las cosas, ¿quién puede dudar de que la cuarta generación de hambrientos pegados a la tierra, que son la tierra misma, ha de triunfar?»^[9]

Los dos siguientes episodios de esta decimoquinta entrega tratan sobre los detenidos, especialmente sobre María Silva, «la Libertaria», nieta de «Seisdedos», que se llegó a convertir en una especie de heroína, a sus 16 años, en el

revuelo periodístico del proceso. Los tres últimos episodios no habían aparecido en *La Libertad* ni en *Casas Viejas* y sirven de colofón a la historia; tratan sobre conexiones o repercusiones del insurreccionalismo en el pasado, el presente y el futuro, concretados en el bandidismo, los señoritos y el parlamento.

El penúltimo episodio reproduce unos recortes de *El Liberal* de 1929, narrando unas ejecuciones de fines del siglo XVIII. La primera es la del famoso bandido Diego Corrientes —Sender relaciona continuamente el bandidismo con el estado del agro andaluz— y la segunda la del aristócrata don Francisco de Huertas y Eslava al que se le había «dado garrote, según la calidad de su persona» —*Viaje...* Madrid, Pueyo, 1934, página 13—, interesante porque la misma ejecución se narra en un artículo de *La Libertad* de fecha de 10 de enero de 1934 titulado «Garrote “según la calidad de su persona”»^[10]. Ello ilustra sobre la fijación de temas que repite Sender y que serán material básico de *El verdugo afable*, libro que recoge gran parte de su producción de los treinta, incluidas *Viaje...* y otras obras del momento^[11]. El último episodio resume el debate parlamentario que se produjo para delimitar responsabilidades, en que todos los estamentos implicados trataron de liberarse de las mismas, al comprobar la repercusión que alcanzó la divulgación de la represión y sus irregularidades. La mejor forma de que las altas instancias de la autoridad republicana y socialista quedaran a salvo, consistió en «descargar» sobre el mando directo de las fuerzas —capitán Rojas—, pero las salpicaduras alcanzaron a todos y la opinión pública lo hizo sentir con su voto de castigo en las siguientes elecciones generales. Todo este debate parlamentario fue ya el objeto de al menos tres artículos de Sender en *La Libertad* de 9, 12 y 15 de marzo de 1933 y del epílogo de *Casas Viejas*.

La repetición de temas tratados en otras obras de Sender, va desde la constante alusión a los hechos, que apare-